

—Y si de allá no hubiéramos bajado, aquello no habría concluido.

—¿Por qué dices entonces que aquello no ha terminado?

—Porque aquello no fué sino el principio de lo que por nosotros va á pasar.

—Pero hombre, si ya vamos á entrar en acción.

—Entonces no es que por nosotros vaya á pasar algo, sino que nosotros vamos á pasar por algo que no va á ser ni más ni menos que la segunda edición aumentada y corregida de lo que teníamos en el cerro.

—Veo que ahora estás incomprendible.

—Lo que no se comprende es cómo puedes creer que porque ya bajamos del cerro, nuestros trabajos hayan terminado.

—¿Dudas acaso del triunfo de nuestra causa?

—No, ni por un momento.

—Entonces, ¿por qué tanta insistencia en aquello de los trabajos y sufrimientos?

—Porque el triunfo de nuestra causa depende de nosotros y de todos los que como nosotros la defienden.

—Ciertamente, y por eso ya vamos á luchar para coadyuvar á ese triunfo.

—A luchar dijiste; mas recuerda que toda lucha requiere abnegaciones y sacrificios, trabajos y sufrimientos.

—Sí, pero ya estando montados y armados todo será diferente.

—Tú lo has dicho, y por lo tanto convienes en que volveremos á lo mismo que teníamos en el cerro, aunque diferente.

*
* *

En efecto, como si hubieran sido proféticas las palabras de la conversación anterior, nosotros nunca nos vimos libres de los más atroces sufrimientos ni de las más duras privaciones. Parecía que la fatalidad se cernía sobre nuestras cabezas ó que una terrible maldición pesaba sobre nosotros. De esto se convencerá quien tenga paciencia para seguir leyendo estos mal formados Apuntes y Recuerdos.

Pero como no quiero cansar al lector tan pronto que apenas comenzada su lectura arroje con fastidio este pequeño librito, no seguiré narrando aquí punto por punto lo ocurrido desde que, habiendo bajado de la montaña, comenzamos nuestra vida de combate. Básteme decir que en pocos días nos vimos algunos de nosotros montados y armados, con armas y caballos por supuesto tales como lo permitían las circunstancias, malas las unas y peores los otros; pero en fin más valía aquello que nada, y si no teníamos cuando menos

la apariencia de una tropa regularmente equipada sí aparentábamos tenerla, y tanto, que no temíamos meternos á las poblaciones de regular importancia, como lo habría hecho una fuerza respetable por su número ó por su armamento.

Después de varios días de marchas y contramarchas en que no nos dábamos un momento de reposo, nos dirigimos á Mascota, habiéndonos incorporado antes á otra pequeña fuerza á cuyo frente se encontraba el General Francisco Labastida. Al ir bajando la cuesta, como á las tres de la tarde, vimos que las fuerzas del gobierno, en número como de doscientos hombres bien equipados y armados y con una pieza de montaña, salían de la población, esquivando encontrarse con nosotros. Sin embargo, obligado por nuestra aproximación, el enemigo se parapetó tras una cerca de piedra que estaba inmedia á un punto que le llaman el Atajo. Nosotros entonces avanzamos á todo galope á fin de tomar posiciones y evitar en lo posible que el enemigo se hiciera fuerte tras de dicha cerca. En nuestro rápido movimiento nuestros caballos levantaron tal polvareda que probablemente para el enemigo pareceríamos un gran número de combatientes, y esto lo desmoralizó un poco, porque cuando nos pusimos á tiro sus fuegos eran muy flojos. Visto esto, nosotros avanza-

mos todavía con mayor rapidez, y pronto logramos salvar la cerca que servía de parapeto al enemigo, con lo cual entre las filas de éste se introdujo el desorden que pronto se tradujo en derrota, rindiéndose la mayor parte, dispersándose los demás, y quedando en nuestro poder la famosa pieza de artillería cuyos disparos, entre paréntesis, ningún daño nos causaron. (2)

Poco después, en Talpa, tuvimos el gusto de ver reunidos varios cuerpos de nuestro partido que hacían en junto un regular número de combatientes. Se decía que nuestra concentración en aquel lugar tenía por objeto presentar el mayor número posible de fuerzas al enemigo, que poco á poco había ido estrechándonos. Salimos de Talpa, y en las Lomas de las Animas nos encontramos frente al enemigo listos para batirlo. Como á las ocho de la mañana comenzaron á tirotarse nuestras avanzadas, y poco después quedaba establecida la acción habiendo formado nosotros una escuadra apoyados en una cerca de piedra. Las granadas del enemigo venían á hacer explosión entre las patas de nuestros caballos, á donde eran dirigidas claramente con el objeto de introducir el desorden en nuestras filas; pero lo-

(2) Según supe, el jefe que mandaba la fuerza enemiga era de apellido Belloso, y tenía por alias el "Negro."

gramos conservanos en nuestros puestos hasta que el enemigo emprendió su retirada para el rancho de Gallineros, quedando nosotros en nuestras posiciones y aun puede decirse que dueños del campo; porque allí permanecemos hasta en la tarde, hora en que avanzamos hacia las posiciones que el enemigo había tomado nuevamente, sin dejar de hostilizarlo y de ponerle varios hombres fuera de combate, quedándonos entonces en observación hasta otro día que nos dirigimos á Talpa en donde se nos recibió con repiques de campanas y entre las aclamaciones del pueblo.

Seguimos luego con rumbo á la costa á fin de proveernos de municiones porque eran éstas tan escasas entre nosotros, que la acción de las Animas la concluimos precisamente con los cartuchos que quitábamos á los mismos muertos del enemigo.—Este es un hecho histórico que pueden certificar cuantos vivan de los que tomaron parte en esa función de armas.—Las fuerzas enemigas, compuestas de las tres armas, eran mandadas por el Gral. Remedios Meza, y tuvieron varios muertos y como cuarenta heridos que se llevaron, según nos dijeron los mismos vecinos de Gallineros, quienes nos aseguraron haber visto al enemigo pasar por dicho pueblo en completo estado de desmoralización, siendo además muy trabajosa su marcha por el gran número de heridos que

llevaba. Sin embargo, poco después vimos que en publicaciones oficiales se avisaba que habíamos sido derrotados por completo (3)

*
* * *

—Chico, ahora sí ya podemos llamarnos cristianos.

—¿Y por qué se te ocurre semejante paradoja?

—Porque ya recibimos nuestro bautismo de fuego.

—Y de ello me glorio, pero no veo la razón de que este hecho nos habilite del nombre de cristianos. ¿No lo teníamos ya desde que nacimos?

—Sí, y tal vez desde antes; pero como á los apóstoles no se les llamó cristianos sino hasta después de recibir su bautismo de fuego el día de Pentecostés. . . .

—Pero hombre, no seas bromista. ¿Qué tiene que ver esa narración bíblica con los combates pue acabamos de librar?

—Tiene cuando menos su cierta analogía.

(3) Esto que por cierto no es nuevo, para nosotros que comenzábamos á vivir nos parecía sumamente extraño, y no atinábamos á explicarnos cómo era posible que apareciesen semejantes mentiras nada menos que en impresos oficiales. ¡Cosas de nuestra falta de experiencia!

—Pero si aquel fuego no era del que producen las bombas al estallar, ni en el hecho se refieren cargas á la bayoneta, ni maniobras de caballería, ni se dió parte al superior del número de muertos, heridos y prisioneros hechos al enemigo.

—Y no obstante, antes de aquello á nadie se le daba el nombre de cristiano.

—¿Quiéres decir que nosotros tampoco podíamos llamarnos así antes de las acciones de armas en que nos hemos encontrado?

—Lo que esto quiere decir es que como ahora ya apestamos á pólvora ya podemos llamarnos soldados.

—Según eso, ¿antes no lo éramos ni de nombre?

—Ciertamente, porque sin habernos encontrado en ninguna acción de armas, y sin conocer más fuego que el de nuestras estufas, impropriamente podríamos llamarnos soldados.

—Pero si á mí me han platicado de algunos que nunca en su vida se han encontrado en ninguna acción de guerra, y no por eso dejan de darse pomposamente el título de soldados.

—Es posible que así sea, pero después de todo, ¿querrías tú ser alguno de ellos?

—¡Oh, nunca!

—Entonces fácilmente comprenderás la razón que tengo para decirte lo que te digo.

—Y yo te digo que voy á decirte que me

hablas la pura verdad, pero como lo haces en un estilo paradójico y lleno de metáforas, es imposible comprenderte desde luego.

—Pues haciendo á un lado el estilo metafórico y hablándote sin paradojas, te diré lisa y llanamente que las acciones de armas en que nos hemos encontrado hace poco, ya nos dan con justicia el nombre honroso de soldados; y mientras más hechos de esa naturaleza registremos en nuestra hoja de servicios será mejor, porque eso nos acredita como militares.

—Ojalá que así sea.

*
* *

Entre los varios cuerpos que tomaron parte en la acción de Las Animas, recuerdo los que mandaban los Coroneles Urbano García, Marcario Pérez y Leonardo Pintado; el cuerpo “Guías de Jalisco” mandado por el Comandante Jesús García; las Infanterías de Talpa mandadas por el Comandante Padilla (4); la guerrilla de Serafín, y algunas otras fuerzas. Después de la acción esos cuerpos fueron

(4) Era el jefe de ese cuerpo el entonces Teniente Coronel Prisciliano M. Benítez, sólo que en esos días dicho jefe desempeñaba las funciones de pagador general de la división y las de mayor general al lado del General Labastida, y por eso no estaba al frente del referido cuerpo.

mandados para expedicionar por diferentes rumbos. Algunos de los que nos pronunciamos en San Agustín resolvimos apartarnos de nuestro primer jefe, y bajo las órdenes del Coronel Casiano Morales fuimos á recorrer la línea entre Teuchitlán, Ahualulco, Etzatlán y otros puntos. Esto en nada mejoró nuestra situación, porque los recursos que de vez en cuando llegaban á facilitar los pueblos no eran ni con mucho suficientes para que mal pasásemos la vida. Por otra parte, éramos unos cuantos armados con fusiles de aquellos larguísimos de abrazaderas amarillas, de los que recordarán bien nuestros viejos soldados; y esta circunstancia unida al hecho de que la mayoría andábamos á pie, desdeñaba mucho del título de “el Séptimo de Caballería” con que se nos denominaba. (5)

Poco tiempo después nos reunimos con otras fuerzas en las barrancas de Santa Clara. Se decía que el objeto de esa reunión era im-

(5) Digo aquí que “la mayoría *andábamos á pie*,” y esto parecerá contradictorio cuando en la página 23 queda dicho que “algunos de nosotros *nos vimos montados*,” pero esta aparente contradicción se explica con el hecho de que cuando resolvimos apartarnos de nuestro primer jefe, éste nos quitó los caballos que montábamos, diciendo que pertenecían á su cuerpo: y yo era uno de los que andaban á pie cuando ya pertenecíamos al cuerpo á que me refiero después.

pedir el paso de un armamento que fuertemente custodiado venía de Colima para Guadalajara; pero al fin no hubo ninguna acción de armas y los diversos cuerpos allí reunidos fueron nuevamente mandados á expedicionar por distintos rumbos, hasta que otra vez nos reunimos en Ameca, y poco después tuvimos la acción del Zapote. Como con ese hecho de armas comienzan los “Apuntes” á que se refieren las cartas que van insertas al principio de este impreso, los pondré aquí tal como fueron enviados para su revisión, de México á Oaxaca, al Sr. Coronel Prisciliano M. Benítez. Permítaseme pues suspender las conversaciones que he venido intercalando en las páginas de este librito, y dése el lector la molestia de leer de un tirón esos “Apuntes” que son el origen de este impreso. Dicen así:—

“Comenzaré con lo del Zapote: (6)

“El enemigo era superior en número á nosotros y fuerte en las tres armas. Después de varios disparos y tomadas las posiciones correspondientes, la música del enemigo tocó primero el ‘Himno de Juárez’ y después el ‘Himno Nacional,’ quedando entonces generalizados los fuegos y funcionando la artillería enemiga. Nuestra fuerza se componía en su totalidad de pura caballería, y estaba ten-

(6) Lugar situado cinco leguas al poniente de Cocula.

dida en orden de batalla en la llanura, mientras una pequeña altura ó cerro que se eleva á un lado de las casas estaba defendido por algunos de infantería que en números redondos no llegaban á 20 hombres. (7) Nuestra retirada se hizo en el mejor orden y no tuvimos que lamentar muchas pérdidas. Cualquiera que se haya encontrado en ese hecho de armas recordará que así pasaron las cosas, sobre todo, aquello de la música que es natural

(7) Defendíamos esa altura los que militábamos bajo las órdenes del Coronel Casiano Morales. Formábamos el 7^o de Caballería; pero como casi todos andábamos á pie, y estábamos armados con fusiles impropios de la arma á que pertenecíamos, se nos colocó en esa altura en donde hicimos las veces de soldados de infantería. Eramos en todo trece hombres; pero aunque parezca feo decirlo, debo hacer constar aquí en honor de la verdad, que esos trece hombres defendimos bizarramente el punto que se nos había encomendado, sosteniendo por todo el tiempo que duró la acción, el fuego combinado de dos compañías de infantería enemiga que fueron lanzadas en nuestra contra. Y aunque el enemigo era superior á nosotros en número y armamento, no pudo tomar el punto que defendíamos sino hasta después que nosotros lo abandonamos, cuando vimos que el grueso de nuestra fuerza ya había emprendido su retirada. Nuestro Coronel y un Teniente que andaban montados, no se encontraron entonces con nosotros; y yo tuve que hacer de jefe de nuestra pequeña fuerza, porque á nuestro capitán se le ocurrió disfrazarse de trompeta, y tomando un clarín se entre-

haya sido oída de todos; y por cierto que esa música era la del 14 de Caballería que en Guadalajara ocupaba el Cuartel de San Juan de Dios. (8)

“Una vez nos reunimos varias fuerzas y entramos á Ameca. Pos esos días, una tarde ya al oscurecer, hubo alguna alarma con motivo de oirse varios disparos. La versión que circuló entre nosotros fué que un hombre había sido pagado para que asesinara al Coronel Luis Labastida, pero que por equívoco ó por

tuvo en hacer con él *toritos* al enemigo, sin ocuparse de otra cosa. Por mi comportamiento en esa acción, que no puedo ni debo decir si fué bueno ó malo, mi Coronel me ascendió á Teniente, dándoseme á reconocer como tal en nuestro cuerpo y militando después en esa clase hasta que concluyó el primer período la revolución. Nuestro capitán, que era el mismo García de León que aparece consignado al principio de estos Apuntes cuando refiero nuestro pronunciamiento en San Agustín, á poco solicitó su baja y regresó á Guadalajara, en donde permaneció sin volver á tomar parte en la contienda. A mi lado, como segundo mío, se encontraba el Alférez Cosme González, á quien algunos años después lo ví en esta ciudad, ya ascendido á Capitán, sirviendo en uno de los cuerpos del Estado, cuando era Gobernador del mismo el Lic. Fermín González Riestra. Entiendo que este Cosme sirve actualmente en dichas milicias, y él puede certificar todo lo que aquí refiero, por constarle de vista y haber tomado parte en esos hechos.

(8) Quedaba ese cuartel precisamente en donde aho-

cualquiera otra causa tal hombre no había podido llevar á cabo el asesinato que se le encomendara, aunque se cambió con algunos jefes varios tiros por lo cual resultó herido de un brazo, siendo luego capturado y pocos días después fusilado. Cualquiera que entonces haya andado entre nosotros recordará esta circunstancia que fué bien sabida, porque en nuestras marchas ese hombre era conducido

ra es el mercado 'Libertad' de esta ciudad. En la banda de música de ese cuerpo, que cuando la acción del Zapote fué la que tocó los himnos á que me refiero, había varios condiscípulos míos, y platicando con ellos sobre estos sucesos, después de concluida la primera revolución, todos estuvieron de acuerdo al asegurarme que fué mucha la sorpresa del enemigo al ver que nosotros nos retirábamos del campo, cuando la referida acción, no obstante de que la victoria ya se inclinaba á nuestro favor. De ahí que no hubiéramos sido molestados en nuestra retirada, y que nuestras pérdidas consistieran de sólo dos muertos y tres ó cuatro heridos.— Entre nosotros circuló también la versión de que un grupo de nuestra caballería que se batía en el campo, había hecho una retirada falsa con el objeto de hacer salir de sus posiciones al enemigo y caer después sobre él y aniquilarlo; pero que mal entendido este movimiento por el resto de nuestras fuerzas, éstas comenzaron á retirarse siguiendo á las primeras. Y como generalmente sucede en estos casos, una vez emprendida la retirada general, ya fué imposible volver de nuevo al ataque, con lo cual el enemigo se vió luego dueño del campo, y después pudo proclamar á los cuatro vientos que nos había derrotado completamente.

entre filas y todos lo pudimos ver. También por esos días en nuestras marchas el Coronel Leonardo Pintado era llevado en camilla, por haber sido herido, pocos días antes, en Mascota. Me supongo que por entonces se reformó el Plan de la Noria, porque por esos días, como á mediados de Mayo de 1872, apareció dicho Plan reformado en Ameca.

“Otra vez nos reunimos varias fuerzas é intentamos tomar Ameca, que según supe estaba defendida por el Coronel ó Jefe Político D. Sixto Gorjón. En la Puerta Pesada fué sorprendida la avanzada del enemigo. Seguimos adelante; pasamos el río sin ninguna dificultad, y cuando ya íbamos por los suburbios de la población, repentinamente de entre nuestras fuerzas se levantó el grito de 'se roba y se mata.' Por los esfuerzos de nuestros jefes al fin se hizo el silencio. Nuestra vanguardia ya se tiroteaba con el enemigo que había tomado posiciones en la altura de la iglesia. Nuestra fuerza se componía de infantería y caballería y estaba tendida en línea desplegada frente á la población por el lado del Camposanto. Al fin no se hizo ningún ataque y se dió el toque de retirada. Al ver nuestro movimiento, el enemigo tocó 'diana' con sus clarines. Entonces algunos de los nuestros comenzaron á demostrar su descontento, y varios jefes mandaban tocar 'media vuelta.' Pe-

ro todo fué inútil: la retirada se hizo en el mejor orden y pasamos la noche en una hacienda inmediata á Ameca, siguiendo al otro día el camino por el rumbo de la Mesa de los Ramos, ó del Cobre. Se dijo que le habían matado un caballo al General, y que la orden de retirada la había ocasionado la grita aquella de 'se roba y se mata,' temiéndose con razón que algunos indisciplinados hubieran cometido excesos que habrían manchado la causa que defendíamos.

“Me referiré ahora á un acontecimiento que aunque aislado es posible que haya llegado á conocimiento de Ud. Andábamos nosotros recorriendo la línea entre Ahualulco y Etzatlán bajo las órdenes de nuestro jefe el Coronel Casiano Morales. Con nosotros andaba incorporado el 3^o de Caballería cuyo jefe era el Comandante Manuel Fernández, de Guadalajara. Este jefe en un momento de exaltación quiso desconocer la autoridad del Sr. Morales, y al grito de 'arriba el tercero,' pretendió que la tropa lo siguiese. La presencia del Sr. Morales impidió aquel acto de insubordinación, y entonces Fernández hizo fuego contra Morales, sin tocarlo. Pronto fué sujetado y desarmado Fernández, y entonces nuestro jefe el referido Coronel Casiano Morales, mandó fusilar á Fernández, lo que se efectuó sin más fórmula. La orden de fusilar á Fernández la

recibió el Capitán Clemente Parra, también de Guadalajara, y él mismo fué quien dirigió la ejecución. Esto sucedió en la hacienda de San Sebastián, inmediata á Etzatlán. Parra fué uno de los que después nos abandonaron en San Diego, cuando en ese lugar se desbandaron las fuerzas que mandaba en jefe el Sr. General. Pedro A. Galván. Recuerdo bien de esta circunstancia porque yo era el segundo después de Parra, y porque habiendo simpatizado con Fernández, siendo él masón, fué el que primero comenzó á darme instrucciones acerca de la masonería. ¡Quién habría de haber pensado entonces que después de 25 años tendría que referirme á esto, y en tales circunstancias, siendo yo masón que ya conoce los 33 grados de dicha Institución! (9)

(9) Se dijo que este Fernández y el guerrillero Serafín estaban pagados por el Estado para que asesinaran al Coronel Labastida. No sé hasta qué punto haya sido cierto esto, y francamente no dí mucho crédito á semejante dicho. Sin embargo, me aseguraron que descubierto el complot, dicho Coronel Labastida había mandado fusilar á Serafín en Autlán; y ya vimos el fin que tuvo Fernández. Si era cierto lo que se decía, ¡cuán terrible fué el castigo que recibieron estos hombres, cuando ni llegaron á perpetrar el asesinato que se les encomendara!—Poco antes de morir, Fernández me encargó que entregara á su familia, residente en esta ciudad, sus despachos y un papel escrito por el que se despedía de ella y le hacía saber que moría

“Como antes he dicho, el desbandamiento de las fuerzas tuvo lugar en la hacienda de San Diego, inmediata á Techaluta, y el movimiento fué encabezado por el Comandante Jesús García, quien llevando como segundo á Serapio Hernández se dirigió á Teocuitlán y Tapalpa, siendo pronto reducidos á la impotencia. Creo que esto sucedió como á mediados del mes de Junio de 1872, porque la estación de aguas ya estaba bastante entrada y la noche en que se llevó á cabo el movimiento estaba lluviosa. También creo que este desbandamiento originó la serie de penalidades porque atravesamos después. Nosotros quedamos reducidos á un pequeño grupo de hombres mal armados, peor montados, casi desnudos y teniendo que soportar todo género de privaciones y sufrimientos; quedando reducidos á la mayor impotencia, y teniendo por esto que andar de un lugar á otro sólo á la defensiva. Ese grupo lo componíamos puros jefes y oficiales, y por eso era conocido con el nombre de la ‘Legión de Honor.’ Entre ese grupo andaba el Coronel Pintado ya restablecido de sus heridas.

“Si no temiera molestar á Ud. seguiría re-

fusilado por orden del Coronel Casiano Morales. Sabe-
dor este jefe de que yo era portador de esos documen-
tos me los quitó, y por eso no pude cumplir con el en-
cargó del malogrado Fernández.

firiéndome á otros sucesos, tales como cuando en un encuentro con el enemigo, en Amacueca, éste nos tomó prisioneros al Capitán Antonio Zamora y otro oficial, los que fueron llevados á Guadalajara y encerrados en Capuchinas, en donde tuvieron que hacer la limpieza cada día hasta que la ley de amnistía expedida con motivo de la muerte del Sr. Juárez, los salvó de tan triste situación.

“En otro encuentro con el enemigo, en el punto llamado la Tierra Prieta, se nos capturó á un oficial de la fuerza del Coronel Félix Vélez. Ese oficial fué luego fusilado en Techaluta. (10) En ese encuentro fué también hecho prisionero el asistente del referido Coronel Vélez, quien perdió su equipaje que iba en la mula que montaba el capturado. El enemigo se llevó varios heridos de su propia fuerza, según lo confesó en su parte el Comandante que la mandaba, y dejó en el campo un magnífico caballo alazán que resultó con un balazo en la rodilla izquierda. Esto sucedió como á fines del mes de Junio del mismo año de 1872.

“Otra vez nos encontrábamos en San Rafael cuando se supo que había llegado á Atoyac una fuerza enemiga. Entonces el Coronel Fé-

(10) Creo que era Capitán, y se llamaba Modesto Castellón.

lix Vélez concibió el plan de sorprenderla, y tomando de entre todos á los que andábamos mejor montados emprendimos luego la marcha. Al atravesar la playa de Zacoalco nos pusimos en los sombreros los periódicos que acabábamos de quitar á la diligencia que iba para Zapotlán, para que de lejos afectaran la forma de 'paños de sol' y creyera el enemigo que éramos de los suyos. El ardid no dió resultado, porque cuando llegamos á Atoyac el enemigo ya había abandonado el pueblo. Seguimos al enemigo casi picándole la retaguardia, pero todo fué inútil: más que de prisa se metió á Sayula y nosotros nos volvimos sin haber logrado darle alcance. Al perseguir al enemigo iba yo al lado de D. Guadalupe Amaral, del que decían que era Mayor y al que por más señas le faltaba una pierna, que la traía de palo.

“Lo anterior se refiere sólo á los sucesos que más de cerca ví y que tuvieron lugar en el Sur de Jalisco en la época de la revolución del Plan de la Noria, en 1872, sin referirme á lo de la revolución del Plan de Tuxtepec, en 1876, porque estoy entendido de que entonces no se encontraba Ud. en Sinaloa. He citado nombres de personas y de lugares sin mencionar fechas, porque es imposible recordar éstas después de más de 25 años transcurridos desde que tuvieron lugar los sucesos á

que me refiero; pero lo expuesto bastará para comprender que efectivamente tomé parte en aquellos sucesos, porque sólo habiéndolos presenciado se puede tener una idea de ellos tan precisa para referirlos como yo lo hago.

“Debo hacer constar aquí, para concluir, que después que se desbandaron las fuerzas como antes dejo referido, el único jefe que entre nosotros quedó más fuerte lo fué el Coronel Félix Vélez, quien con una actividad y prudencia dignas de todo elogio nos llevaba y traía de pueblo en pueblo, anocheciendo en un punto para amanecer en otro, logrando así burlar al enemigo y escapar de ser aniquilados; y resultando de esto que aunque oficialmente se anunciaba que no quedaba ni un solo pronunciado en el Sur de Jalisco, repentinamente aparecíamos en cualquier punto para desmentir con nuestra presencia tales afirmaciones.”

*
* *

Las personas que conozcan la historia de aquella lucha ó estén al tanto de los sucesos de aquellos días, notarán luego alguna falta en el orden cronológico con que aparecen los anteriores “Apuntes;” pero esa falta que soy el primero en reconocer, es bien disculpable si se atiende á que siendo yo oficial de baja gra-